

BERTRAND RUSSELL

Bertrand Russell ha muerto. La noche del 2 de febrero fue el poniente último de una luz aún poderosa pero que había de extinguirse en el silencio de una generación que ya declina. Nuestro adiós es un gesto ya habitual, si no estudiado. Empezamos a pensar que nuestra vida es seria cuando van perdiendo su vida los que la tomaron en serio. Schweitzer, Oppenheimer, Jaspers... ahora Russell. Murió el matemático, el filósofo, el político, el premio Nobel de literatura. Nada de esto nos sorprende. Sus valores hace tiempo que fueron asumidos por el vertiginoso metabolismo de nuestra civilización. Pero ha muerto un hombre, no un número, aunque privilegiado, de una generación admirable. Despidámonos del hombre.

Aunque sé con qué sonrisa burlesca hubiese acogido Bertrand Russell mi intento de definición de su personalidad con resabios de los escolásticos género próximo y diferencia específica, voy a referirme a una característica, la más significativa a mi juicio, de la generación que con él se eclipsa y al poderoso humanismo, más fuerte y auténtico que su racionalismo, peculiar del sabio que naciera en Gales en 1872.

El oficio de saber

"...lo que digo es que se ha descubierto un método por el cual, como en las ciencias, podemos, por sucesivas aproximaciones, acercarnos a la verdad, y en el que cada nueva etapa es fruto del perfeccionamiento y no de la negación de lo ante-

riormente hecho. En la confusión de los fanatismos en lucha, una de las raras fuerzas de unificación es la verdad científica, por la que entiendo el hábito de fundamentar nuestras convicciones sobre observaciones y conclusiones tan impersonales y tan desprovistas de tendencias locales o sentimentales como sea posible a los seres humanos. Haber insistido en la introducción de esta virtud en la filosofía, y haber inventado un método eficaz que pueda hacerla fértil, son los principales méritos de la escuela filosófica a que pertenezco. El hábito de una verdad escrupulosa adquirido practicando este método filosófico, puede ser extendido a toda la esfera de la actividad humana, llevando, allí donde existe, una disminución de fanatismo y una capacidad mayor de simpatía y comprensión mutuas. Abandonando una parte de sus pretensiones dogmáticas, la filosofía no cesa, por eso, de sugerir e inspirar una manera de vivir". Así se expresaba Russell en *La Historia de la Filosofía Occidental*.

La sabiduría constituyó para generaciones pasadas un don o un hallazgo feliz. Es mérito propio de los hombres de ciencia de la primera mitad de nuestro siglo, en especial de los pensadores ajenos a la corriente existencialista y por ello menos conocidos, haber realizado el ideal de la "scienza nuova", convirtiendo la sabiduría en oficio.

Puede decirse que todas las ramas del saber, las ciencias de la naturaleza como las ciencias de la cultura, han centrado su interés en el método.

Comentarios

No digo que la lógica matemática, en concreto la aplicación que Bertrand Russell hizo de la matemática de Cantor, Peano, Frege y Peirce a la lógica, sea el método decisivo para la investigación científica; pero no puede negarse la importancia y necesidad de un método objetivo en la búsqueda de la verdad. El moderno estructuralismo difícilmente podría comprenderse sin las aportaciones del autor de los **Principia Mathematica**.

El oficio de saber no excluye el goce de saber; le hace fecundo y elimina la personalización y monopolio de su contenido. La generación que termina, junto al valor intransferible de la libertad personal y de la individuación misma, nos ha transmitido el anhelo de cooperación, de objetividad: una socialización del saber que aparta la inteligencia de la polémica en provecho de la investigación.

El pacifista

Decir que un existencialista es humanista no resulta extraño. Quien no conozca sino la primera

obra de Bertrand Russell le negará de plano este calificativo. Hay que adentrarse en la etapa que se inicia en su vida y en su pensamiento con la publicación de **Misticismo y lógica, Religión y ciencia, Autoridad e individuo**, etc., para comprender la proyección humanística de su ciencia lógica y sus manifestaciones políticas como juez, al lado de Jean Paul Sartre, de la contienda vietnamita y anciano orador de las plazas londinenses.

Al recordar a Bertrand Russell es inevitable asociar su personalidad al remoto nacimiento de la ciencia helenística y a su resurgir en los califatos árabes y en el Renacimiento. La ciencia crece a la par con la afirmación del hombre.

La posición personal de Bertrand Russell dentro de este nuevo humanismo de la cultura occidental fue la del convencido hasta el compromiso.

El científico que comprendió la naturaleza abstracta del número como clase de realidades concretas supo reconocer la superioridad de la realidad concreta sobre toda clasificación deshumanizadora.